

186

**LA NOVELA
CORTA**

10 cts.

TRIUNFO DE AMOR
por
SOFÍA CASANOVA



DIRECTOR: JOSE DE URQUIA

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

GUIMERÁ.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.

LINARES RIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-*La bola de nieve.-*Lances de honor.-*La locura de amor.-*Lo positivo.-*Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—*El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-El puñal del Godo.-*La mejor razón la espada.

VILLAESPEA.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.

MARQUINA.—*En Flandes se ha puesto el sol.-*Doña María la Brava.-*El Retablo de Agrellano.-*Los hijos del Cid.-*El Rey Trovador.

RAMOS CARRIÓN.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-*La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-*Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Pravia-

na.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-*El señor cura.-*El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.—*El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-*Robo en despoblado.-*El padrón municipal.-110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El diño de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-*La Credencial.-*Los Hugonotes.-120. Entre parientes.

ARNICHES.—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Doloretos.-21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67. La noche de reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

PERRIN - PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-*Enseñanza libre.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-28. La Gioconda.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-73. Trampa y cartón.-111. El octavo, no mentir.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-*La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio.-**El umbral del drama.-126. Lo que ha de ser.-*El Revisor.-*La ciclón.-*La pesca del millón.-*Papá Lebonnard.-*Jettatore.-*El amor vela.-*Jarabe de pico.-*El señor Duque.-*El Gobernador de Urbequieta.-133. ¡Tocino del cielo!.-131. Militares y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!

ZARZUELAS

22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.-*Cinematógrafo Nacional.-*Certamen Nacional.-*Cuadros disolventes.-*La tierra del Sol.-*Las mujeres de Don Juan.-*El País de las Hadas.

(*) Las obras señaladas con un asterisco serán en breve publicadas, y las señaladas con dos, ya lo han sido, en los números 1, 31, 40, 17 y 7 de LA NOVELA CORTA.

TRIUNFO DE AMOR

NOVELA INÉDITA

POR

SOFÍA CASANOVA

JORNADA PRIMERA

En una de las provincias bálticas, de la antigua Alemania del Norte, se levanta el castillo señorial de los Albret. Es en el salón (de marcado estilo flamenco siglo xvii) que se abre a todo lo ancho en una *terraza*. Arranca de ésta, separado por marmórea escalinata, el jardín. Y en la estancia, al fondo, entre palmeras y arbustos florecidos, yerguen la frágil belleza de su blancura algunas estatuillas de *Thorwalsen*. Tras el jardín, las arboledas del Parque se prolongan bajo el cielo gris-azulino del país norteyo en primavera. Atardece. Y Walter, señor de Albret, y su secretario Rodolfo que le muestra unos pliegos, así departen:

—Nuevas peticiones de los pobres, señor.

—Llegan más cada día. Déjalas ahí.—Y señalando a una mesa contigua, añade secamente: —Háblame de los judíos.

—Vienen a centenares—repite el secretario.

Les cercamos el paso en las aldeas, y se agolpan en los pueblos, invaden las ciudades. El señorío de Albret, que tantos años logró no tener un judío entre sus habitantes, hoy no puede expulsar a los que llegan huidos de Rusia. Parece que salen de las piedras como los lagartos, o como los lobos de las madrigueras del bosque, hambrientos... tenaces... Hoy, más numerosos que ayer; mañana más que hoy...

—Perseguidlos...

—Los perseguimos, los apaleamos, se arrastran gimiendo... Y cuando les hemos echado, apenas volvemos las espaldas, han entrado de nuevo en nuestro territorio, por los atajos, por las selvas, vadeando los ríos, agarradas a la cintura de los hombres las mujeres, en brazos y en alto los hijos de negros y espantados ojos... En el arrabal de las ruinas han hecho de las cuevas su albergue, y allí hay refugiadas hasta un centenar de familias... No podemos con ellos, señores... Son astutos... tercios... Sólo a sangre y fuego...

—¡Pues a sangre y fuego!—exclamó Walter con espantoso imperio. Raza sin patria y sin Dios, tiene que cumplir su destino. «No hallará un pedazo de tierra donde posar en paz su planta...» Y expiará hasta el fin de los siglos su crimen... Yo no quiero que permanezcan en mi territorio. Ellos traen la corrupción a

Las novelas «*inéditas*» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

nuestras severas costumbres luteranas. Que mis gentes los acosen, y en masa los expulse... Las leyes del país y mis privilegios señoriales me autorizan a ello, Expulsadlos de grado o por fuerza... Incendiad las cuevas del Arrabal donde se refugian y huirán faltos de albergue... ¡Ah! Que la misericordia «evangélica» anteceda al rigor de la orden. Advérteles mi propósito y que abandonen las cuevas antes de que las arrase el fuego...

Y cuando esto dice el severísimo caballero de Albret, la risa delicada de Laura déjase oír, anunciando que la joven se acerca.

—¡Padre!, ¡padre!—Saluda Laura llegando por la *serre*, juvenil, bella, vestida de crespones tenuemente rosados. Tiene el risueño rostro de Laura por nimbo, una cabellera con palideces de oro, y sus manos belleza peculiar, cándida.—¡Padre querido!—Y en tanto Walter tiende a Laura sus manos para ser besadas, despidе al secretario serio, inmutable:

—Retírate. Que su alegría no se turbe con esta realidad triste.

Vase Rodolfo tras respetuosa reverencia, y Laura, con íntimo gozo, consérva entre sus manos angélicas las frías de Walter. Este la contempla.

—¡Hija!, Dios conserve tu alegría.

—De tí va a depender, padre, que no se nuble, que mi risa sea de felicidad... Ahora río de todo y de nada... Los cisnes del lago han hecho tan graciosos movimientos al coger el bizcocho en mis manos, que me eché a reír atolondrada. Y miran de un modo particular... Parece que se burlan de las personas. De mí... que les ofrezco un refrigerio delicioso todas las tardes. ¡Oh, císnescas ingratitud!

Y ríe, ríe.

—Pero ingratitud, hija, más soportable que la de los hombres. Me esperan en la Cancillería. Congrega hoy más temprano a nuestros servidores para la nocturna lectura de la Biblia. Me retiraré pronto a trabajar.

—Serás complacido, pero aguarda. Te retengo poco; quiero hablarte de... de Rodrigo de Albornoz.

—No; para qué, si leo en tu pensamiento. Mientras tú le sonries, yo te observo.

—¿Te agrada, padre, Rodrigo de Albornoz?

—Grandemente.

—¿Le quieres?

—No.

—¡Oh! ¡Yo sí! Es bueno, es sabio. Su gloria es la más pura que corona a los hombres. Se consagra a los desvalidos. En las minas, en las cárceles, aquí en tierras tuyas adonde vino prosiguiendo su redentora obra social, le bendicen miles de almas. Es un nuevo apóstol. Evangeliza con su corazón. ¡Padre! ¡Tú no le quieres! ¡Yo sí le quiero con toda mi alma!

—¡Silencio!—impone Walter duramente—. La prudencia es gala espiritual, no lo olvides. Cuando tu hora de amar sea venida, *te daré esposo que habrá elegido para tí*. Rodrigo de Albornoz tiene generoso carácter, fortuna fabulosa, pero eso no basta para aspirar a la heredera de los Albret... Es extranjero.

—¡Es noble!

—Y por serio, tiene abierto mi hogar. Sus fundaciones piadosas, hechas aquí

en mis tierras, le dan derecho a mi estimación y la tiene, pero nada más. En tu porvenir tengo puestas todas mis esperanzas. Confía en mí. Vendré luego en tu busca.

Y mientras Laura siéntase triste, vase el padre inflexible, y entra Albertina, el aya confidente y cariñosa:

—¿Se nublan tus ojos, Laura?

—Mi padre no comprende mi alma. A veces al hablarle oprímese mi pecho con miedo. Creo que él se opondrá a mi dicha. He querido conversar con él de Rodrigo, de mis sentimientos. No tener secretos para mi padre que el carísimo filial sufre de tenerlos. ¡Si mi madre viviera!

—No te apesadumbres. Alcanzarás el bien que deseas.

—O moriré.

—¡Querida!—musita Albertina acariciante.

—A veces, en la soledad de nuestra capilla me sobrecoge un desaliento, un desmayo mortal. Leo mi Biblia, rezo, busco a Dios en la inmensidad, y me pierdo... no lo hallo. Quisiera que de pronto apareciera su imagen ante mí, y que me tendiera las manos como lo hizo a los ciegos que entonces vieron el día. Quisiera que hubiera un cuadro, una escultura, con la imagen del Señor que fijara la abstracción haciéndola cuerpo, y que desde la cruz los ojos doloridos del Cristo me dijeran: «Conmuévate mi sufrimiento. El tuyo será consolado.» Tiembra mi corazón entonces. Espero, miro. Pero las paredes del luterano templo hállanse despojadas de todo plástico ornamento y yo sola allí. Pienso en mi madre, me vuelvo a la Biblia, y lloro.

—No están bien tales exaltaciones de nuestro culto. Eres luterana.

—Sí. Pero no sé qué me pasa. En mis tristezas quisiera humanizar al Señor, para prosternarme ante su imagen.

—El está en todo lugar. Sosiégate. Tus melancolías son nubes de una hora. Rodrigo las disipará.

—Sí... sólo él.

La aparición de un criado corta la palabra conmovida de Laura. Sus ojos, interrogadores, se fijan en él, y su ansiedad halla por dulce respuesta el anuncio de que el señor Rodrigo de Albornoz espera para ser recibido.

—¡Que entre!—responde Laura a las palabras del servidor.

Y cuando Rodrigo es llegado, Albertina aléjase discreta por la *serre*, dejando a los enamorados con las manos cogidas y apretadas, abortos mirándose.

—¡Rodrigo!

—¡Laura mía!

Son los enamorados del eterno amor: *fatalidad, divinidad*.

—¿Me nublado el fulgor de tus ojos?

—Ya no, que te ven.

—¡Amada!

Y bésala una mano acendradamente. Díjese de Laura y Rodrigo, en su *acendrada* idílica, que no existiera para ellos la pasión sensual. Son humanos, pero el arrobamiento es su expresión; sincera, naturalísima expresión del divino sentimiento.

—Mi padre rehuye mis confidencias.
—Accederá a oírlas. Esperemos en tanto amándonos.
—¿Quién puede saber lo que mi padre proyecta? Su cariño puede crearnos obstáculos dolorosos.

—Sí, terribles—sombriamente.

—¡Rodrigo! Palideces.

—Laura, sonríanme en la confianza del porvenir tus ojos, tus labios. Tu padre no querrá destruir nuestras vidas.

—Me habló de elegirme esposo.

—Eso jamás.

—Jamás. ¡Soy tuya!

Walter, que aparece, pone fin al coloquio. Viene el señor de Albret ostensiblemente contrariado. Corresponde al saludo cortés de Rodrigo. Este calla. Laura, pálida, espera.

—Una plaga terrible ha venido a turbar la paz de mis dominios—lamenta fieramente Walter—. Acaso los humanitarismos de usted atraen a esos hediondos israelitas.

—No hago más por ellos que por los demás hombres

—Es que hay que hacer menos.

Un rumor de voces corta la de Walter y atrae la atención de los jóvenes enarabados. Una voz infantil parece reclamar piedad de los hombres con tono de angustia. Y perseguido por los criados se viene a refugiar en el salón principesco del castillo señorial de los Albret, un niño judío, cuyo cuerpo viste con negra hopalanda.

—Señor de Albret... ¡Señor!

Walter yérguese, cerrando el paso, amenazador, al pobre niño, que aterrado retrocede. La servidumbre, hostil, le cerca.

—¿Qué buscas aquí? ¿Cómo te atreves a entrar en mi palacio? ¡Imbéciles!—apostrofa a los criados—. ¿Así guardáis mis puertas? ¡Echadlo!

Pero Laura intercede:

—Déjalo hablar, padre. Tiembla de miedo. ¿Qué quieres?—interroga con ternura la dulce Laura.

Y el niño, receloso, mirando a todos lados, aventura balbuciente:

—Van a incendiar las cuevas del Arrabal y mi madre no puede salir de allí... se muere. No tenemos albergue.

—Subterfugios, mentiras—parece interrumpir la crueldad interpretada por Walter.

—Yo no miento—repele noblemente la criatura acosada—. Arrojados de Rusia, venimos enfermos y hambrientos por «burgos» y aldeas, perseguidos por la policía de las gentes malas. Nos refugiamos en las cuevas del Arrabal... Mi madre se muere... venía a pedir compasión.

—¡No la merecéis! Propaláis falsedades y sois perversos—insiste Walter.

—Perversos, no. Malos, no—murmura débilmente el niño—. Malos son... malos sois vosotros... moriré con mi madre. ¡Dejadme!

Y la triste criatura, con tórvo mirar y sollozando, despréndese de los brazos

que lo sujetan y huye. Laura, agitado su corazón por bendito impulso de misericordia, grita:

—¡Espera! ¡Espera! Te salvaremos,
Y corre, seguida de Rodrigo, tras el niño desventurado.

JORNADA SEGUNDA

Es en la quinta de Rodrigo de Albornoz, enclavada en el valle de Abat, En el salón, ornamentado con lujosa sobriedad estética, hállase Rodrigo con el rabino Isaac y el sacerdote Arón. El semblante del joven, serio, triste, animase a hablar. Una ardorosa energía centellea en sus ojos.

—Sois de hierro. No tenéis corazón.

Y el rabino Isaac, responde:

—Tenemos voluntad, que es el corazón de los fuertes. Tú te debes a tu pueblo escarnecido, que después de tantos siglos va a restituirse a Judea. Vámas a fundar el nuevo Tetrarcado de Sión, y tú has de regirlo.

Y el sacerdote Arón, secunda:

—Tu estirpe es alta como el agua que fluye en las colinas del Líbano. Los primeros profetas engendraron a tus antepasados que dominaron la Palestina. Luego en [Turquia fueron poderosos; en el califato de Córdoba, señores. Y cuando habiendo servido lealmente a los Reyes Católicos, los expulsó de España la ingratitud Real, ellos salieron alta la frente, fieles al Talmud.

—No ha habido conversos—añade Isaac—en tu estirpe *Sefarich*, que es preciosa como el agua entre los cedros montañosos. En Alejandría y en Salónica el mar se aduerme bajo el alabastro de tus alcázares. La sinagoga que tus abuelos alzaron en Stambul, aun conserva resguardadas de codicias cristianas las aras de oro puro con esmeraldas y crisólitos de la corona del Rey Salomón.

—Llegó la hora,—Arón preconiza—de que las mujeres, llorosas sobre las ruinas de Jerusalén; levanten los brazos señalando el triunfo de tu entrada en Sión. Es llegado el día de que ellas tejan los lios que ornarán tu tálamo nupcial. Sara de Betania ha de ser tu esposa.

—¡Jamás! No quiero oíros—niega Rodrigo con seca firmeza.

—Sara ama su pueblo—continúa Arón—como Judit. En las sombras de su cabellera fulge el amuleto, la estrella que nos guía en la cautividad.

—Vas a verla aquí—dice el Rabino—; te fascinará su hermosura. Su tez es como el trigo recién maduro, levemente moreno. Sus ojos como las negras aguas del lago Mitele cuando las penetra un rayo de sol. Sus senos, mejores son que las pomas tempranas maduras lentamente. En su seno se cumplirá lo que está escrito: «De ella y de ti nacerá el que sobre las ruinas levante los templos, el que devolverá a los desterrados su reino de Israel.

—¡Basta! Yo no he de seguiros—opone resueltamente el joven—. Mis sentimientos y mis creencias me separan de vosotros. Ya lo sabéis...

—Todo navío en alta mar puede cambiar su rumbo.

—¡Es que yo no quiero cambiar el mal

—Haces traición a tus hermanos.

—Yo no lo soy vuestro, Arón.

—Dices que no lo eres. Pero ¿porqué ocultas tu origen a Laura de Albret?.. Inquiete decisiva, mortificadora, la voz del Rabino.

—¡Ah! Porque solo así puedo merecerla. No veis que es mi origen, mi nacimiento, vosotros todos, los que me separais de ella.

—¿Y tu amor se ampara del engaño, de la mentira, para vencer?

—Sí. Tan fuerte es mi amor que acepta hasta la culpa, la mancha del engaño... Pero esperando purificarse en el bien... cuando no tenga miedo ya de confesar la verdad toda.

—Eres cobarde callándola—sentencia Arón.

—¿Y fuera valiente morir diciéndola? Vosotros no sabéis quién es ella. Ella es el «fiat lux» en el caos, el *nuevo amor* que abrió las fuentes de la vida cristiana. Vosotros sois el rencor de las grandezas extintas. Vosotros esperáis el Mesías aún y yo sé que vino al mundo, que vivió y vive entre nosotros, pues en espíritu y cuerpo viene a los hombres. Yo tengo ya mi Dios. El que nos perdona en la cruz. El que enjugará nuestras lágrimas el blanco día de la paz. El que me da el amor de Laura.

—¡Renegado!—maldice el sacerdote.

—Tus riquezas las acumularon tus antepasados—reprocha Isaac.

—Lo sé, y no os las esquivo. Por igual las reparto entre todos los nombres. Mis palacios acogen bajo el ópalu de sus techos todas las miserias humanas. Mi flotilla del Mediterráneo iza su blanca bandera donde la guerra o la peste aparece con sus horrores. Pero me despojaré de mis riquezas... de todo lo que de vosotros recibí.

—Ábrete las venas.

—Tu sangre es la de los profetas. Gimen tus ascendientes en el viejo Testamento.

—¡Mi sangre! Yo creo más en el alma que en la sangre. La sangre podrá transmitirse de hombres a hombres. El alma nos viene de Dios.

—Rodrigo del Alborno—así nombrado por tu ascendencia española—, antes que nuestro anatema abata tu orgullosa cabeza, te emplazamos por última vez; reintégrete a nosotros. Renuncia a Laura de Albret. En sus dominios—prosigue solemnemente el Rabino—se niega el pan y el agua a nuestros hermanos. Se los acuchilla. Arden sus albergues míseros. Que la sangre de las víctimas calga sobre los verdugos. Tus hermanos, execrados, que no tienen en todo el mundo un rincón de tierra seguro, una tumba que no pueda ser profanada por el odio secular; encerrados en el círculo de fuego de las persecuciones, extienden hacia tí los brazos implorantes. Los osarios que vamos dejando por el mundo son voces del saímo conque te llaman nuestros hermanos; Rodrigo, de la tribu sagrada de Levy, tú nos perteneces. Ven.

—Es en vano. Dejadme.

—¡Ven!

—Yo no soy vuestro

—Y no has de ser de Laura—sentencia Arón.

—¡Infame!

—Tú lo has dicho Arón,—apunta el gran Rabino—. Y no has de ser de Laura.

El Rabino Isaac y el sacerdote Arón, vanse rencorosos, lentamente. Rodrigo, abatido, se sienta, apoyando entre las manos su hermosa cabeza atormentada. Allá en el fondo de la estancia ha aparecido una bella figura de mujer, que se mueve y avanza con rumorosa lentitud. Es audazmente morena, viste con telas de color naranja y verde que se pliegan cambiantes y lucientes, cual aguas fosfóricas, al cuerpo hermoso de Judit, Salomé u otra trágica mujer del viejo Testamento. Es pasional, noble en todo gesto y actitud: en el silencio hierática, pero gracil, serpentina al hablar de amor. Fulge en su cabellera una joya dando carácter oriental al subyugador conjunto, y una delgadísima serpiente de esmaltes se enroscas al cuello, cayendo la cabeza de pedrería sobre el pecho desnado. Ella es Sara de Betania, que inquietadora, fascinante, avanza hacia Rodrigo. Esto lo advierte, vuélvese en su asiento, salta.

—¡Sara de Betania!—y retrocede.

Pero Sara decidida, adelanta.

—¿Por qué me huyes si en las mismas tierras de promisión se han apacentado vuestros rebaños?

—¿Qué buscas aquí?

—Lo que busco desde que niños nos separamos. A tí busco. Mi barco persigue en todos los mares la estela del tuyo. Mis ojos entre todos los hombres solo a tí. Te hallo alguna vez para perderte luego. En las azules soledades de Sorrento una tarde hace cinco años. En Granada, un atardecer de primavera hace dos. Allá me rechazaste duramente. En Granada me escarneció tu indiferencia. Y en en este brumoso Valle de Albret te hallo escondido en tu deliciosa quinta, desde cuyas ventanas divisas el palacio de Laura. Mucho amas a esa mujer.

—La amo.

—El gran Rabino y Arón aquí me han traído para que mi presencia y mi pasión te resuciten. En mis brazos conocerás la vida. Ellos se enlazarán en tu cuello como arco de triunfo sobre la cabeza del amado. Destrenzaré mi cabellera a tus pies perfumada con nardos de Betania y te entregaré mi juventud en el beso nupcial. En el beso de mis labios sedientos de los tuyos.

Y añade con voz que la pasión debilita:

—¡Oh! Rodrigo, bésame, sostenme porque desfallezco de amor.

—Sara de Betania, ¡aléjate!

—No. Enlaza tus brazos a mi cuerpo. Palpite tu corazón junto al mío. Soy tuya. Y sus manos y su cuerpo buscan el contacto de Rodrigo.

—¡Sal! ¡Te aborrezco! Y haré que te arrojen de aquí si insistes.

En este punto, Sara de Betania se transfigura, irguiéndose soberbia de su pecho y exclama:

—¡Blasfemas! Está dicho que se han de fundir nuestras vidas cual dos arroyos en el lago azul de la existencia.

—¡Jamás!

—Amas a otra mujer. Me rechazas, me humillas, y yo soy hueso de tus huesos... sangre de tu sangre. Si mi pasión se trueca en odio, en odio y venganza... ¡Mira!

Y echándose mano a la cintura toma un diminuto puñal que muestra trágica. Esgrimiéndolo, avanza hacia Rodrigo. Este, sereno, impassible, se ha cruzado de brazos ante ella.

JORNADA TERCERA

En el salón del castillo del señorío de Albret, donde al principio encontramos a Walter y a su joven secretario Rodolfo, hallanse ahora Laura y Rodrigo. Éste abstraído, vehemente. Laura, vestida de blanco, tristemente risueña.

—Hay que remediar todos los infortunios.

—¡Qué triste estás, Rodrigo!

—Es tan desconsolador ver a los hombres tratarse como implacables enemigos, Laura.

—Tú no tienes enemigos. A tí, te amarán todos los hombres.

—Basta que me ames tú.

Ha respondido el amor con dulzura; dulzura que se trueca poco a poco en este amargo razonar:

—Pensando en las ficciones de toda índole que dividen a los humanos: en sus odios de religión, de raza, de jerarquía, que un noble impulso podría desvanecer dando «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» me digo a veces: ¿es que las criaturas carecen de sentimiento, o han sustituido el supremo bien de amar, por la baja necesidad de aborrecer? Y el amor, aun el más alto y generoso ¿estará exento de ese germen del mal, que en un momento lo cambia en odio, en venganza? ¿Tu mismo amor, Laura mía, podría resistir la prueba de una decepción, o al ser herido se alejaría para morir? ¿Me amarías si yo te engañara? ¿Si un aciago misterio de mi vida me hiciera engañarte?

—¡Oh! Rodrigo, qué extraño es tu acento, qué dolorida tu mirada. ¿Por qué me conturbas así...? Dudas.

—No. Pero necesito hundir mi corazón en el tuyo como el creyente lo hundirá en el cielo. Deleitarme en la seguridad de tu cariño. ¿Verdad que hay sentimientos que ni la perfidia ni el dolor aniquilan? ¿Triunfadores de los prejuicios sociales, del mal, de todo? Si no existiera en el mundo más que un solo sentimiento, así, *uno solo*, su luz alumbraría las almas ciegas. El amor es la divina llama que con solo arder purifica el sacrario.

—¡Habla!—pide la enamorada con embeleso.

—¿Y si yo fuera indigno de tí?—pregunta Rodrigo con íntima inquietud—. Si yo te mintiera...

—Eso no puede ser.

—Si lo fuera.

--Te amaría.

--Si fuera un ladrón, un malvado.

--Te redimiría.

--¡Oh! amada, tú eres el perdón, la fé redentora, la mujer ama, bendita entre todas las mujeres.

Los dos enamorados se miran fijamente, ensoñadores. Mas viene a romper la encantadora elocuencia de su mutismo anhelante, Walter que sale de sus habitaciones. Precedía al gran Rabino y al sacerdote Arón, que cruzan parsimoniosos la silenciosa sala para internarse a lo largo del jardín. Arón y el Rabino han mirado a Rodrigo al pasar, con sonrisa cínica, gozadores en su satisfecho anhelo del mal. La impresión del joven es trágica. Aquellos hombres vinieron a perderle. Lo habían prometido. Walter, inquieto, ceñudo en su irreprimible altanería, adelantóse. El tono de su voz, preludio es de iracundia.

--He de hablarte, Rodrigo.

Laura se sobrecoge. No sabe si tiembla.

--¿Qué pasa? ¿Palideces, Rodrigo? ¿Qué me ocultáis?

--¡Retírate!—ordena imperativo a su hija el señor de Alore.

--Permíteme, padre.

--¡Retírate!—insiste impaciente.

Laura ha obedecido. La alteración de Walter aumenta; su ira se desata. Rodrigo va reponiéndose virilmente para la lucha.

--La conducta de usted sería infamante para un cristiano, para un caballero. Un hombre de su raza no puede añadir infamia a la de su origen.

--Llegada la hora de mi confesión, oígala usted, señor.

--Nada quiero oír. Mi dignidad ofendida le desprecia,.. Mi espíritu, obediente a las divinas enseñanzas, le compadece, venciendo su furor. Pero mis ojos no soportan la presencia de usted, que no vuelvan a verle jamás.

--¡Oh! señor, por ese Dios que usted invoca, y al que yo también he abierto mi alma, perdone mi engaño. ¿Soy yo culpable de la fatalidad de mi nacimiento? ¿Del odio que secularmente separa mi raza de la vuestra? Pero si yo me siento y me confieso cristiano ¿no lo soy? Y si lo soy ¿por qué me rechaza, por qué habla usted de negarme lo que Dios mismo me concede; el amor de Laura?

--¡Villano! Déjeme usted olvidar la ofensa; olvidar que usted existe... dominar un impulso violento de... Merece usted mi castigo; que mis criados le arrojen a palos...

--¡Oh! hasta me niega el derecho de defenderme... me condena sin oírme... ¡No importa! Yo le pido perdón... Entiéndame; he tenido miedo de perder el amor de Laura, de hacerla sufrir, y mis días han sido de horrenda tortura... Yo hubiese confesado la verdad a Laura, a usted. Mi amor ha sido más fuerte que yo...

--Eson hacen los criminales; dejarse vencer por las pasiones.

--¡Oh! criminal no; un desdichado, un desdichado es lo que soy...

--Eres un menguado que has burlado mi confianza para arrebatarme mi hija.

--Ella me ama.

—¡Mientes! La heredera de los Albret, no puede amar a un hombre de tu mal-dita raza.

—Creo en vuestra religión.

—Jamás conversos o renegados acogió nuestro escudo. ¿Había yo de entregar mi hija a un renegado, pactar con uno de ellos: manchar mi estirpe, deshonorar a mis antepasados? No podré dominarme...—y avanza Walter amenazador.

—No se aplada usted de su hija. Es usted inflexible, implacable, y yo debo ser leal. Señor de Albret: *amo a su hija y no renuncio a ella.*

Así afirmó gallardamente Rodrigo. Inclínose cortés, saliendo rápido. Walter indignado, furibundo, dirijese exasperado hacia el interior de su mansión señorial, gritando:

¡Laura! ¡Laura!

JORNADA CUARTA

En casa de Walter. Es de noche. Laura, desconsolada, enjuga sus lágrimas ante el padre impávido.

—¡Oh! Padre mío no es posible... Por misericordia... Yo no puedo creer tal falsedad. Podrigo es leal, es bueno.

—Su ocultación es una traición nefanda.

—No entiendo aún. No puedo darme cuenta de tus revelaciones... Rodrigo es... ¿Ocultó su origen? Si lo ocultó, si es cierto eso, habrá sido... por temor... por miedo de perderme... Por amor de mí...

Amor culpable, impío, imposible. Laura, mira el corazón de tu padre que late fieramente indignado y se domina por disciplina interior. Sin más frases, en calma, apartemos de nosotros este conflicto serena y dignamente como debemos olvidándolo. El olvido es la misericordia...

—O la indiferencia. Siento frío aquí, en el corazón, y en mi pobre cabeza revuélvense como chispas, las ideas, quemándose. Pero tienes razón, padre mío, Rodrigo no debió callarme la verdad... hizo mal... mal... No he de verle... no quiero perdonarle... le olvidaré...

—Eso te ordeno. Fué iniquidad burlar tu confianza, la mía. ¡Infame!

—Sí, infam...—se interrumpe enternecida—. ¿Y no he de verle más? ¡Dios mío! ¡Voy a perderle! Padre nuestra religión podría purificarlo... lo hará nuestro...

—¿Le cambiará, le limpiará la sangre *deicida*?

—¡Oh! padre. Si es por el alma por la que nos salvamos y somos eternos.

—Sí; y al invocarla, invocas tu deber que es vencerte. Triunfe tu alma de esa baja inclinación imposible.

—¡Imposible! Sí, sí; imposible. ¡Qué infortunio! ¡Qué horrendo dolor!—llora.

—Más triste que el dolor es la culpa. No llores. Es leve tu culpa

Y besándola con frialdad en la frente, se aleja Walter.

Albertina, el aya cariñosa, penetra en el salón. Su alma, parece que nora por los ojos de Laura. Albertina, cuando Laura sufre, vive su mismo dolor y su tristeza.

—Laura, escucha. Rodrigo implora habiarte.

—No quiero verle, que pata. Me mataría su presencia.

—Bien; partirá.

Vase lenta Albertina, mas detenida por la doliente voz de Laura, vuelve de sus pasos.

—¡Oh! Qué angustia, qué soledad.

—Igual dirá Rodrigo.

—Aguarda. Si ha de partir, si hemos de separarnos para siempre, hazle pasar un instante a despedirnos. ¡Por Dios, Albertina, vigila dentro!

Albertina, complaciente, aléjase. Y a poco, entra Rodrigo por la *serre*. Llega hasta Laura que permanece de pie, inmóvil, con la vista baja pero interiormente, hostil. Rodrigo, suplica debilmente:

—Laura, dime lo que debo hacer, mi vida es tuya. Tu padre me arrojó de aquí. Yo no pude alejarme. Enloquecido, espí tus ventanas, y vuelvo como un malhechor. ¡Oh, Laura, ten piedad de mí!

Y ella responde con desfallecimiento, sin mirarle.

—Me faltan las fuerzas. Parece que se hiela mi corazón. Es verdad lo que dijo mi padre.

—Sí, es verdad. Laura, dime qué hacer para expiar mi culpa para purificarme si he de merecerte.

Y en este instante de mutua lucha, de amargo debatir porque la realidad que les conturba y les separa desaparezca, vencida por el potente amor de los dos jóvenes, en ese instante, avanza, cautelosa, y entra en la *serre*, ocultándose, Sara de Betania. Cúbrese con manto de negra gasa que transparenta el oro de sus vestiduras. En la sedosa negrura de su cabeza, refulge magnífica la joya hierática de vivo orientalismo. La aparición inadvertida de Sara, es inquietante, intensamente dramática.

—Si me crees indigno de tí, si he de huir y perderte, solo tú has de pronunciar mi sentencia. Nadie me arrancará de tí si tu me amas. Si estoy condenado, dímele tú, tú...—y reprime los sollozos.

—¡Ah! Rodrigo ¡sufres! ¡Te amo!

Y al romper Laura en llanto, y al pronunciar la confesión suprema de su corazón martirizado, Rodrigo arrójase a sus pies, sollozante, inmenso, como sus torturas y su amor.

—Rodrigo. ¡Lloras! Tú lloras por mí. ¡Oh! Eso no, nunca. Levantá. Déjame enjugar tus lágrimas, tus ojos. ¡Rodrigo, si aunque me mataran no lograrían arrancarte de mi corazón.

Y en un sincero impulso de pasión, enlazáronse bellos los enamorados.

—¡Bendita, Laura, bendita seas! ¡Adorado sea tu Dios, nuestro Dios. Creo en El, le serviré mi existencia entera. Seré bueno por tí, por El. Voy a ver a tu padre. Me arrojaré a sus pies, y si me pisotea aceptaré como expiación sus pies en mi cuerpo. Tu perdón me da valor para humillarme. para ser villinendiado, es-

carnecido y pagar la culpa de mi ocultación, de mi secreto. Que mis humillaciones sean en mi espíritu y mi cuerpo estigmas de tu amor.

--Yo te acompaño.

--No. Quizás tu presencia contendría su cólera, y quiero que me fustigue sin piedad... por el castigo merecer su perdón. Podría su enojo volverse a ti y entonces mi contrición se desvanecería. A mí todos los males, todos los castigos; a ti, ni la leve sombra de un reproche. ¡Permíteme!

--Vé, pues.

Rodrigo se encamina hacia las habitaciones de Walter. Ella quédase expectante, como oyendo las pisadas de Rodrigo. Y sigilosa, enigmática, va acercándose a Laura, Sara de Betania. Ya está junto a ella.

--¡Oh! ¡Dios mío! ¿Quién es?

Y la voz pausada de Sara, con ritmo de odio, responde.

--La fatalidad es. Mi raza enfrente de la tuya. Mi amor disputándote el amor que me robas. Mira, el incendio persigue y arroja de tu ciudad a mis hermanos. Sara señaló al fondo del parque que un lejano incendio ilumina.

--En las llamas, mujer, rojea la sangre de ellos. Y tú quieres arrebatarnos a Rodrigo, consagrar la sacrilega unión de los verdugos y las víctimas. Rodrigo me está prometido, me pertenece. Renuncia a él.

--El me quiere... yo le quiero.

--¡Renuncia!

Del interior, parten voces que son las de Walter y Rodrigo, entremezcla de recriminaciones y de súplica.

--¡Renuncia, mujer, a Rodrigo!

--¡Es a mí a quien ama! Implora, sufre, ahora mismo humíllase a mi padre por mí.

Sara, terrible, lánzase en este punto a su rival, y con el arma diminuta en que cifró ante Rodrigo su venganza ha herido a Laura.

--¡Ah! ¡Dios mío! ¡Favor!

Sara huye en las sombras del jardín.

--¡Padre! ¡Rodrigo!—torna a clamar acongojada, desfalleciente.

Walter, Rodrigo, Albertina y los criados, acuden a auxiliarla.

--¡Hija!—el padre la sostiene.

--¡Laura!—exclama horrorizado Rodrigo.

--Me hirió una mujer...

--¡Ella!—piensa en alto el joven con la firmeza del presentimiento.

--Resbaló el puñal. Cálmate Rodrigo.

--¡Perseguidla! ¡Matadla! ¡Auxilio para mi hija!

Parte de la servidumbre, sale al mandato del señor de Albret. Rodrigo, ayuda a Walter en la tarea de reclinar sobre un sofá a Laura.

--Y tú, villano, atrás—grita colérico, el padre dolorido—La desgracia entró en mi casa contigo.

--¡Padre, misericordia!—media con dulce debilidad de víctima orgullosa la enamorada. Pero en vano.

¡Prendedlo! ¡Arrastradlo! Que ese fuego del Arrabal lo consuma. ¡Maldito sea! Laura, incorporándose, ha lanzado un grito desgarrador.

—¡Oh!—tiene fuerzas para decir Rodrigo—maldito sea el odio, no el amor, el mal, no el amor inocente. Laura mía, me voy, pero nada podrá separarnos. Hay que extinguir ese incendio que es odio, con las manos, con la vida. ¡Laura, volveré!

—Espera. Espera, yo contigo, yo soy tuya. Te has convertido a mi fé, y Dios, el mismo Dios nos une. *Padre mío, es maldito el odio, no el amor; el mal, no el amor inocente...*

Laura corre a Rodrigo que la estrecha... Walter, intenta separarlos. El cercano incendio enrojece el horizonte. El grupo de los jóvenes simbolizaba el triunfo del amor: la verdad eterna del Bien que ensangrentados los pies pasa por la vida, llorosas las pupilas, vestido a veces con la cárdena túnica del martirio, pero en las manos trémulas, las rosas del ideal y de la fé...

EPÍLOGO

I

En el palacio de Albret, Walter, recogido en su gabinete de trabajo, lee y medita. Los dos años transcurridos desde que Laura, arrancándose a sus brazos, uniéndose a Rodrigo de Alborno, ha marcado con huellas de envejecimiento su cabeza despótica. Apartando de sí los papeles exclama, apoyando en la descarnada mano la frente pensativa:

—¿Será posible tal infamia, tal maquinación de los infiernos? Si, todo es posible, tratándose de esas inmundas gentes.

Llamó a un timbre y dijo al criado que se presentó:

—Que venga mi secretario, Rodolfo.

Llegó éste y el señor de Albret le habló con aspereza:

—Siéntate y procura entenderme. Agitados están mi corazón y mi entendimiento por tus revelaciones. Que mi hija esté enferma lo sé. Cada acción humana entraña consecuencias ineludibles; sufre Laura porque su unión con el renegado tenía que engendrar el dolor.

—Ella pide que la veáis.

—En vano lo pide.

—Temer por su hijo.

—¿Pero es cierta esa persecución, ese intento de robar al hijo de Laura?

—Indudable. De los brazos de Albertina, el aya, quisieron arrebatarlo gentes emboscadas en el parque del castillo. Desde entonces vuestra hija enferma se halla de terror, sin separarse del niño. El padre, Rodrigo de Alborno, ha hecho cercar por guardias permanentes bosques y cercanías...

—Sufre Rodrigo de Alborno. Está bien. Debe sufrir. Pero Laura, mi hija única... un sollozo cortó la frase del señor de Albret, que hundió el rostro en las manos.

Interrumpió aquella larga meditación dolorosa Rodolfo, diciendo:

—Vuestra hija sufre y os llama. El niño, su hijo, que es inocente...

—¡Lleva sangre de los réprobos!...

—¡Y es también la vuestra nobilísima!

—¡Oh, sí! Cuánto sufro. Qué atormentador es lo que sucede.

—Vuestra hija demanda perdón. Cree que va a morir y pide veros; pero no se atreve a salir del castillo sin su hijo y sin su marido. Teme que no les recibáis, y el temor, porque se sabe espiada a todas horas. y el tormento de vuestra soledad, la matan.

—La veré a ella sola.

—Es que sola no puede venir.

—¿Tan enferma está?

—Enferma y desfallecida. Rodrigo de Alborno tiene dispuesta la partida al extranjero con su mujer y el hijo, a quienes adora ardientemente. Van a partir pronto.

—Pues que partan, que huyan para siempre. Muera yo para ellos y mueran ellos para mí antes que la sepultura nos separe.

El inflexible señor de Albret quedó silencioso largo tiempo. El tempestuoso palpitar de sus ideas ensombrecía sus ojos y turbado exclamó:

—¿Quién espía a mi hija? ¿Quiénes intentan robar al niño?

—Sara de Betania y sus secuaces.

—No puede ser. No ha de ser. Aunque la jurisdicción de mi señorío no alcanza las regiones de Warem, donde está el castillo de Alborno, yo haré apresar y perecer a quienes infringen leyes territoriales. La policía será reforzada con la milicia de las ciudades. Las órdenes del señor de Albret tienen mayor potestad que las de un Alborno advenedizo. Iré a ver personalmente al príncipe de Warem; serán cazados y ahorcados cuantos inmundos, miserables, hebreos o cristianos se acerquen a los dominios de Alborno. La venganza de los hebreos queriendo apoderarse de esa criatura es infame. Yo me opongo a la sombría conspiración. Ese niño es cristiano.

—Nacido de vuestra hija, sangre es de Albret.

—¡Por Cristo, no por mí, he de salvar a ese niño! Ordena que mi carruaje esté pronto al abrirse el día, y al atardecer de mañana nos detendremos en Warem.

II

Al Sur de las colinas que cercadas de lagos separan del señorío de Albret el rico estado de Warem, hallase el Palacio del Príncipe.

En bella cámara donde el arte y el confort lujoso de nuestros días, modernizan la severidad de los ventanales abiertos a las hoscas perspectivas nortueñas, departen el soberano y el noble de Albret.

—Amigo y señor—dice afable el príncipe—. No creais tales inventos. Vuestro exacerbado odio a los israelitas os da la obsesión de supuestas imaginaciones. No abundan en mi estado esas gentes; las a él acogidas son pacíficas y laboriosas.

—Es que la benevolencia de V. A. desconoce la perversidad de tal raza.

—Decid mejor, señor de Albret, que los soberanos no desconocemos la perversidad de todos los hombres, pero que debe ser nuestra misión corregir, amparar a los hombres. Quien pone en planta en el camino del bien, ya el retroceso al de la delincuencia no le es grato.

—Abrís vuestro entendimiento, y vuestros dominios, Alteza, a las peligrosas ideas liberales, al modernismo que derrumba la tradición y los tronos. Los israelitas son los propagadores de esas doctrinas de perdición social, y quienes traman los «complots» contra nosotros. Ahora mismo intentan el crimen, acechando a mi hija...

—¿Creéis, señor de Albret, que las conspiraciones y los crímenes medioevales se repiten hoy? Yo os suplico que os tranquilicéis. Rodrigo de Albornoz está seguro, y con seguridad va a dejar dentro de unas horas, con su familia, esta región de clima desapacible que hace daño a la salud de vuestra hija. Señor de Albret, si mi juventud, guiada alguna vez por vuestros consejos, se permitiera daros uno, yo os diría: «Id al castillo de Albornoz, perdonad, amad, que las caricias de ese niño endulcen vuestras amarguras.»

—¿Vuestra Alteza conoce a Rodrigo de Albornoz?

—Le conozco; sí le conozco; y admiro su grandeza de alma, sus organizaciones humanitarias, su alto concepto de la vida, su moralidad intachable.

—¡Es judío!

—Judios eran también los apóstoles de Cristo, los que propagaron su divina doctrina levantándola sobre el mundo; no todos en esa raza han de ser fariseos.

—Conturbado, combatido intimamente por sentimientos en pugna, Walter de Albret salió del palacio principesco.

III

La fuerza del sentimiento es tal, que como el agua surgida de la aridez de las rocas muestra a las veces el insondable fondo. Walter habiendo ordenado el retorno a su señorío, volvió de su acuerdo y quiso internarse en el Parque de Albornoz.

—Voy por mí mismo—pensaba su amor propio no cediendo a su anhelo paternal!—a ver si descubro malhechores rondando en el castillo.

Metiéndose por sendas y boscajes; anduvo mucho: dió la vuelta al jardín y sentóse rendido en el banco sobre una fontana que deshacía sus madejas de agua límpida en mármoles rosados. Su mirada fijábase en el castillo poco distante, y atento su oído al tenue gotear de la fuente y al rumor de las hojas secas que caídas se buscaban, y se abrazaban con la débil caricia del otoño, el señor de Albret, perdida la noción del tiempo, esperó la noche. A su lado, en la penumbra, notó que avanzaba una persona. Abalanzóse a ella el anciano y aferrándola con las manos duras, gritó:

—¿Quién eres? ¿Qué buscas?

Contuvo un lamento la mujer así demandada y como insistiera el señor, ella repuso queda.

—¡Suéltame!

—¡No! ¿Quién eres?

Con gentil movimiento de la cabeza abriéronse las gasas que le cubrían y con orgullo exclamó la mujer:

—¡Mirame! ¡Soy Sara de Betania!

En su frente fulgió el talismán bíblico y a su garganta enroscábase la fina serpiente de esmeraldas con ojos de encendidos rubíes.

—¡Ah, tú! ¡La infame que vienes a robar el hijo de Rodrigo!

—¡Mientes! ¡no! Vengo a lo que vienes tú, pobre señor de Albret. Vengo impelida por el amor incansable, a saciar mis ojos con la vista del amado. Solo eso busco. Verlo. Verlo la última vez. Me vuelvo a mi tierra de Sión donde he de morir mirando los cedros del Líbano. Como las mujeres de mi raza lloraré de soledad y de amor. He querido verle una última vez.

—¡Me engañas, pero no te creo! ¡Vienes a matar a mi hija! ¡Tú la heriste miserable y no huirás esta vez!

La voz potente de Walter, resonó en el Parque, alarmando, pidiendo socorro; en la puerta del castillo viéronse luces.

—¡Aquí! El señor Albret necesita auxilio. ¡Venid!

Luciaba Walter agarrando a Sara que dilatadas las pupilas decía mirando al foco de luz:

—¡El viene allí! ¡Le amo! ¡Moriré amándole!—Y repentina con gracil violencia, retorcióse desprendiéndose de las manos del viejo y desapareció en las umbrías.

Walter desatentado la persiguió unos pasos. En seguida volviéndose al grupo de servidores ordenó furioso.

—¡Perseguidla! ¡Prendedla! ¿Dónde está mi hija? ¡Yo la salvaré y salvaré al niño! ¿Dónde están? ¡Quiero verlos! ¡Hija! ¡Hija!—clamaba el señor de Albret penetrando en el castillo de Rodrigo Albornoz.

Arrodillado a los pies de Walter que estrechaba contra su corazón a Laura y al niño, Rodrigo balbuceaba la oración de los buenos.

—...maldito sea el odio, no el amor; el mal, no el amor inocente.

Sofía Casanova

Madrid y Junio de 1919.

HEUREKAI

MONARCH

La máquina de escribir más moderna.

—La que mayores perfeccionamientos reúne.

REPRESENTANTE: ANTONIO LINARES
PEZ, 2, MADRID



CALZADO LK-OVER
Nicolás M.^a Rivero, 11, Madrid

Le interesa, señora:

Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usando el agua **La Flor de Oro**, tendréis esa cabellera y evitaréis su caída, así como la caspa y las canas.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

Suaviza el cutis.

ALCOHOLATO

Lo mejor para fricción.
ALCOHOLERA
Carmen, 10

MUEBLES

de lujo y económicos.

Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.

CASA SOTOCA

Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

Fotografía BIEDMA

Calle de Alcalá, 23.
Teléfono M - 730
Hay ascensor

LOS ANIMALES

El jueves próximo aparecerá,

LA JIRAFÁ

Precio del cuaderno: 20 céntimos

ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere comprar, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

LA NOVELA TEATRAL

publicará mañana domingo

El sueño dorado

Comedia en un acto

VITAL AZA

DIEZ céntimos.



**Nada más agradable que afeitarse
con el jabón en barras de la Casa Gal.**

Es una "primada" emplear productos extranjeros cuando los nacionales son tan buenos
ó mejores y más baratos.

JABÓN GAL PARA AFEITAR: Una paseta en toda España